

# *BALANCE DE UN CINCUENTENARIO*

Artículo de Juan Francisco Giacobbe  
Publicado en la revista *Dinámica Social* - Junio de 1958

La base de la civilización no es sino el temperamento que la emulación adquiere en las relatividades vitales. A veces esa emulación tiende, con ilusoria avidez, no solo a igualar el modelo propuesto, sino a superarlo y, si es posible hacerlo, a desaparecer. Es desde luego el signo secreto de la lucha histórica de los pueblos y el afán de afirmación que cada sociedad tiene.

La civilización americana se caracteriza, en el siglo actual, por esos dos impulsos: emular y superar. No solo en el campo meramente material como fácilmente se cree, sino en los otros campos, tales como el intelectual, el artístico, el cultural, político y espiritual. De allí que se pague de tener innumerables instituciones de índole especulativamente supramateriales, que no solo intentan emular las ejemplares europeas, sino que tratan, con visible interés de superarlas de algún modo.

A veces esa superación reside en la magnitud de los edificios, en la extensión de programas, en el favorecimiento de las posibilidades, en la fascinación de la metodología. Otras veces reside en el aporte de las especulaciones materiales que enriquecen ciudades con museos, bibliotecas y colecciones de saber sistemático, todo ello realizado con indudable calidad y asistencia de recursos. Otras, en cambio, reside en la pugna abierta de estilos del vivir y del pensar, del crear y del actuar en los órdenes del espíritu, tratando de demostrar ante la imperturbable civilización europea, que en estos continentes existe una vida autónoma, no solo en el bienestar material, sino en la autarquía espiritual. Pero el inevitable trayecto que todas estas instituciones tienen que seguir es el de: imitar en sus principios lo europeo para demostrarle a lo europeo que lo americano existe. Es una crisis que han pasado todos los continentes del progreso humano y todas las evoluciones de las sociedades que buscan el destino de la propia afirmación.

En el panorama americano la Argentina no puede eludir esos dos impulsos de la civilización: *emular; superar*. Tampoco elude la idiosincrasia continental: el afán de magnitud; la demostración del despilfarro; el ansia de grandiosidad histórica a toda costa.

De esas necesidades surgió hace cincuenta años una gran institución; más que grande, enorme: EL TEATRO COLÓN.

Por entonces era el más grande (por espaciosidad) teatro lírico del mundo; costeara las temporadas más fastuosas y ricas; albergaba a los nombres más gloriosos del género lírico universal.

Construido por un italiano armonioso y clásico, fue el orgullo durante décadas, de la arquitectura civil bonaerense. Puesto en función por verdaderas colonias de artistas, genios, genialoides, artesanos, trabajadores, estafadores, y empresarios europeos, apagó una necesidad de un tipo de cultura nacional, o más bien dicho, metropolitana, que no podía concebir a una civilización argentina sin el divismo operístico. Ráfagas de grandes cortes pretéritas: Florencia de los Médici; Mantua de los Gonzaga, Venecia de la Serenísima; París de los Luises; Viena de María Teresa; Rusia de los Zares; toda esa historia del lirismo de la pasión del *bel canto* entre el boato y la aristocracia, tomaba asiento en el gran espacio monumental del Colón, y difundía el placer de sentirse nobles, cultos, altos y seleccionados, en el buen vivir y en el mejor estar de una sociedad que buscaba de todos modos lo que no tenía en la médula, y ansiaba, con toda la avidez de la ilusión, una jerarquía creacional que aún no había madurado en el alma.

Pero era fatal que así sucediese. En el comercio del espíritu la autarquía es letal. El *Do, ut des* del comercio material no puede evitarse en lo espiritual. En la economía de los valores del intercambio de la civilización, la importación de “*mercaderías*” es, en un dado período histórico, más importante que la exportación. Las eras del espíritu creativo de una nación tienen que pasar por ese tiempo de: “endeudamiento”, de “dependencia”, de “servilismo” llegaríamos a decir.

Si la luz de otro cirio no se acerca al pábulo de un cirio apagado, éste por sí solo no lucirá jamás. Para los orgullos nacionales, tales auxilios suelen ser antipáticos e ingratos. Se les detesta; se les desestima. No por el servicio real que ellos prestan, sino por el valor inmoderado que tanto los promotores como los realizadores asignan a tal acción.

Para el caso del Colón, tal vez nunca le haya dolido a la inteligencia nacional el claro y leal aporte que las falanges artísticas europeas traían para iluminar la emoción artística, sino el precio de bastardeo con el cual, los promotores y usufructuadores evaluaban esa “*mercadería*” que al fin no les era propia sino por haberla hecho pagar con el dinero del pueblo.

Hubo generaciones de argentinos que trataron de gringos a los inmigrantes italianos y se pagaban de lucir los más bellos brillantes ante las divas del melodrama italiano, tratando de aristocratizarse “en italiano”. El desprecio hacia una “clase” era tan injusto como la emulación ficticia de esa “otra clase” a la que ellos aspiraban.

Fueron esas mismas generaciones que hicieron un tabú de la cultura europea en medio de un europeísmo de inmigración, entonándose a una aristocracia sin linaje y entroncándose a un abolengo sin heráldica.

**E**l Colón sirvió para todo. Hasta para denigrar las posibilidades de los atisbos de un canto argentino. El gaucho llegó a su escenario agringado, y por ello, salió a la vez de malparado, justamente burlado. Casi por imposición de camarillas y capellanías que dirigían, con una hegemonía hereditaria, los caprichosos destinos de ese gran Teatro, las voces recién nacidas de los argentinos que aspiraban, verdaderamente, a la emulación en la creación del arte lírico, de esos artistas que aún contra la indiferencia, la desconfianza o la mala fe del ambiente de fingidos “europeístas” esos artistas, decimos, tuvieron que conceder parte de su talento a “la moda” para poder llegar a ese escenario, o parte de su intransigencia al fracaso.

Una extraña Gorgona hacía pagar con tragedia todo acercamiento creativo argentino, en el más vasto, bello y confortable teatro lírico americano.

Y no se achaque la existencia de la Gorgona a los intereses extranjeros: cúlpese en cambio a aquellos argentinos que, aunados a la fraudulencia de explotadores internacionales, que poco tienen que ver con la civilización artística de Europa, tratan de desestimar, con sistemático desprecio, aquellos pábulos argentinos que, por gracia de una luz universal un día encienden la timidez de su llama creativa, y son apagados casi instantáneamente por esos soplos malsanos de la impotencia y de la mezquindad.

Los cincuenta años del Colón coinciden con los cincuenta años del “melodrama nacional”. Esperemos que, como en todas las civilizaciones, después de ese período de dura prueba aparezca Perseo y le corte la cabeza a la Gorgona que ha petrificado de muerte, no solo la posibilidad de un arte argentino, sino la espontaneidad y la belleza del arte de Occidente.